DATOS AUTOR

Nombre: **Rafael**
Apellidos: **Lomeña Varo**
E-mail: **eurocamsuite@yahoo.es**
Website: **https://calentamientoglobalacelerado.net**
Título: ***AVENTURAS Y DESVENTURAS DE MALAMBÚ, UN PIRATA ILUSTRADO.***
Género: ***novela juvenil***
Año: 2007

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE MALAMBÚ, UN PIRATA ILUSTRADO

Luchad contra la pobreza, no contra los pobres.

Rafael Lomeña Varo

Introducción

A mediados del siglo XVII, vivió un sabio y honrado pirata que fue capaz de conseguir los mayores tesoros que podéis imaginar sin disparar un solo cañonazo ni rebanar un solo cuello con su espada. Fue éste un pirata singular. Sus antepasados fueron nómadas en el desierto del Gobi y durante generaciones vagaron por las tierras del Oriente Medio.

Conocía como nadie el instinto que impulsaba a un hombre a viajar incesantemente por tierras desconocidas, su abuelo le enseñó cuando niño que un hombre jamás debía rendirse ante la miseria, la pobreza o la injusticia, ni debía permitir que sus hijos sufrieran sus mismos derroteros, y si aquello no era posible, al menos tenía la obligación de inculcar a sus descendientes el amor por sus vidas y la de sus familias y la esperanza de encontrar algún día una vida mejor.

Siguiendo las palabras de su abuelo, jamás dejó de vagar por el mundo, aunque finalmente tal vez encontrara su tierra prometida en el propio mar y en las aventuras que junto a su tripulación vivió, o quizá, encontrara su verdadera razón de existir en la ayuda a los pueblos que conoció y con los que convivió en armonía a lo largo de toda su vida. Fuera como fuese, nació y murió en el mar y su obra fue conocida en todos los confines de la tierra.

Y así, mientras los feroces bucaneros se enrolaban en barcos piratas en los mares del lejano Caribe para saquear buques, puertos y ciudades, viviendo una vida entregada a la cara más brutal de la violencia, al que muchos llamaron el pirata ilustrado, puso rumbo opuesto a su nave, hacia el océano Índico, donde miles de islas y mundos fascinantes repletos de aventuras le aguardaban, sin que por ello dejara de cobrarse un solo día el más preciado tesoro de la humanidad, el saber. Su nombre fue Malambú y esta es su historia.

Dedicado a mis hijos Marien y Rafa.

Capítulo I

MALAMBÚ EN LA ISLA DE LOS UANTACAS

Cuando el brillante sol de medio día se alzaba sobre el mástil principal de la nave imponiendo toda su fuerza y poder, el vigía dio la voz:

-¡Tierra a la vista!

Malambú, que en ese momento se hallaba en cubierta supervisando el trabajo de su tripulación, alzó su catalejo y peinó lentamente el horizonte hasta detenerse en un punto, era su objetivo. Después de unos segundos de observación, bajó y enfundó nuevamente su catalejo y acto seguido, girando levemente la cabeza, con voz firme y serena ordenaba:

-¡Timonero, rumbo a tierra!

-¡Sí señor!- Respondió aquél con especial entusiasmo mientras encaraba la proa de la nave hacia aquella tierra desconocida.

Cuando el timonero hubo tomado la dirección correcta hacia el nuevo destino, Malambú dio orden de izar velas para aprovechar así el suave viento de popa que les permitiría alcanzar la isla avistada antes del anochecer. Una vez que hubo instruido a sus hombres en todos los detalles, Malambú se encerró en su camarote junto a su viejo amigo y marinero Morgan para consultar algunos libros de navegación de los que era un fiel apasionado. Cada vez que tenía ocasión, en cada nuevo puerto que Malambú hacía escala, iba adquiriendo nuevos y valiosos libros llamados a engrosar su biblioteca personal. Geografía, navegación, naturaleza, historia, astronomía, matemáticas, todo cabía en su insaciable afán por aprender cosas nuevas y descubrir nuevos lugares, pero además, el mismo anhelo que le impulsaba a aprender también le empujaba a transmitir sus conocimientos. Una vez sentado frente a su amigo Morgan, abrió el único libro que había sobre la mesa por la página señalada con la pluma blanca de una gaviota, después recorrió un mapa con su dedo índice deteniéndose en un minúsculo e insignificante punto que apenas sí se distinguía.

- Uantaca - Pronunció Malambú con voz sosegada.

- ¿Uantaca?- Preguntó Morgan.

- Sí amigo Morgan, antes del anochecer llegaremos a isla Uantaca.

Pero el destino de Malambú y sus hombres no era ni mucho menos fruto de la casualidad. Malambú nunca dejaba en manos del azar el próximo destino al que él y sus hombres se enfrentarían y tras cinco largos días de navegación, el barco comandado por el que ya todos conocían como el pirata ilustrado alcanzaba su objetivo en un lugar remoto y perdido en la infinidad del océano índico.

A medida que la nave se aproximaba a tierra firme, el segundo de a bordo y fiel amigo de Malambú, Morgan, avisó a aquel para advertirle que debían iniciarse las maniobras de aproximación. Malambú, que aún estaba ensimismado en su lectura devorando cuanta información disponía acerca del pueblo de los uantacas, se apresuró a subir a cubierta para supervisar las maniobras de aproximación y garantizar la seguridad de la nave en una operación que era considerada de máximo riesgo, ya que al no conocerse las aguas, la nave podía chocar contra rocas o arrecifes provocando daños graves al casco e incluso su hundimiento. Malambú dio la orden de detener la nave en una ensenada que parecía segura. No quería correr peligros innecesarios ni poner en riesgo la vida de sus hombres, por eso ordenó el anclaje de la nave. En ese momento, comenzó a esconderse el sol a sus espaldas.

Los uantacas eran un pueblo ancestral. A juzgar por sus historias y por las huellas que sus antepasados habían dejado en tallas y dibujos sobre piedra, este grupo de nativos podían llevar recluidos en su pequeño paraíso siglos y siglos, tal vez miles de años. Desconectados del resto del mundo, habían mantenido intactas sus costumbres y su cultura transmitida de generación en generación.

Al amanecer, cuando el sol se alzó sobre el horizonte, Malambú se despertó con el canto de las gaviotas y al salir a cubierta, dio la voz a Morgan para que se iniciaran las maniobras de aproximación a tierra.

Morgan, ordenó a la tripulación todas las maniobras oportunas para que la nave se aproximara a tierra lo máximo posible sin llegar a correr riesgos de embarrancamiento.

La cala en la que habían pasado la noche fue el lugar elegido para el desembarco. Malambú, Morgan y tres marineros, tomaron el bote y se dirigieron hasta la playa donde los uantacas ya esperaban su llegada.

Cuando Malambú y sus hombres hubieron alcanzado la arena de la playa, un grupo de unos de nativos formado por unos 15 hombres vestidos con atuendos de colores y adornos florales en sus cabezas les recibieron mostrando sus respetos a los marineros visitantes. Acto seguido, visitantes y locales comenzaron a intercambiar objetos diversos como amuletos, frutas, nueces, patatas, y un sinfín de cosas que Malambú y sus hombres ofrecían a los nativos, a la vez que éstos hacían lo propio con ellos. Era este un lenguaje universal para fraternizar entre los hombres.

De esta manera, una vez reforzados los lazos entre ambos grupos, Malambú ordenó a uno de sus marineros que efectuara la llamada oportuna al resto de la tripulación que esperaba en el barco. De este modo, uno de los marineros tomó la corneta y la hizo sonar con breves toques y un largo toque final. Este acto tuvo un efecto inmediato en la tripulación del barco que se dispuso a realizar las tareas oportunas para el desembarco.

Apenas dos horas después, todos los tripulantes se reencontraron con los nativos en la playa sur de Uantaca y partían hacia la espesura del bosque en el interior de la isla. Hacia el mediodía llegaban a la aldea de los uantacas que se encontraba próxima a la gran cascada de la isla. Allí, comieron y siguieron intercambiando enseres que entusiasmaban tanto a los nativos como a los marineros de Malambú. Horas de charla en lengua de signos intercalada por dibujos en la tierra, mezclando gestos y buena voluntad, sucedieron al banquete de frutas y verduras que todos juntos pudieron disfrutar. Sin embargo, Malambú, no pudo dejar de observar la falta de carne en el menú de los nativos.

Tras largas horas de charla, los nativos contaron a Malambú la existencia de un acantilado que dividía la isla en dos, impidiendo el paso a la otra zona. Según las historias de los más viejos, hacía siglos, la tierra se abrió y quedó resquebrajada para siempre, dividiendo la tierra de la isla en dos y dejando recluidos al pueblo uantaca en una diminuta porción de espacio con escasos recursos de alimentos. Los nativos habían aprendido a cultivar los pequeños espacios de tierra en los que habitaban y eran bastante diestros en el arte de la pesca, pero la caza de animales como la cabra silvestre y los conejos que en la antigüedad habitaban la isla, finalizó cuando el dios de la tierra decidió dividirla en dos. Los nativos, que contaban con pequeñas barcazas habían intentado acceder a las otras zonas de la isla por mar, pero la orografía de la isla lo impedía, pues solo encontraban inmensos muros de piedra infranqueables que les impedía acceder desde las barcas. Toda la superficie de Uantaca estaba situada sobre una elevación a unos doscientos metros sobre el nivel del mar, sobre una gigantesca roca madre y esta peculiaridad orográfica hacía que la mayor zona boscosa de la isla quedara inaccesible para los nativos.

Malambú, que era extremadamente respetuoso con las creencias de los pueblos, solicitó al jefe uantaca visitar los grandes acantilados y cañones que el dios tierra había creado en la isla y que dividía a esta en dos partes, a lo que el jefe accedió encantado.

A la mañana siguiente, tras una primera noche en la aldea de los uantacas, Malambú dispuso una expedición al gran cañón junto con Morgan y quince de sus hombres. Salieron al amanecer y hacia las 11 de la mañana se encontraban en el gran cañón. Era impresionante, tal y como había descrito en sus dibujos el jefe uantaca la isla parecía estar rota en dos pedazos. La profundidad del cañón era de unos doscientos metros, y el fondo era oscuro e incierto pues permanecía cubierto de una espesa niebla que impedía ver el fondo del mismo.

La distancia entre los márgenes del cañón eran aproximadamente de unos 30 metros, sin embargo, en algunos puntos, la forma saliente de las rocas del suelo parecían acercar los márgenes hasta unos 15 metros, tal vez algo menos y esto encendió una chispa en la mente de Malambú.

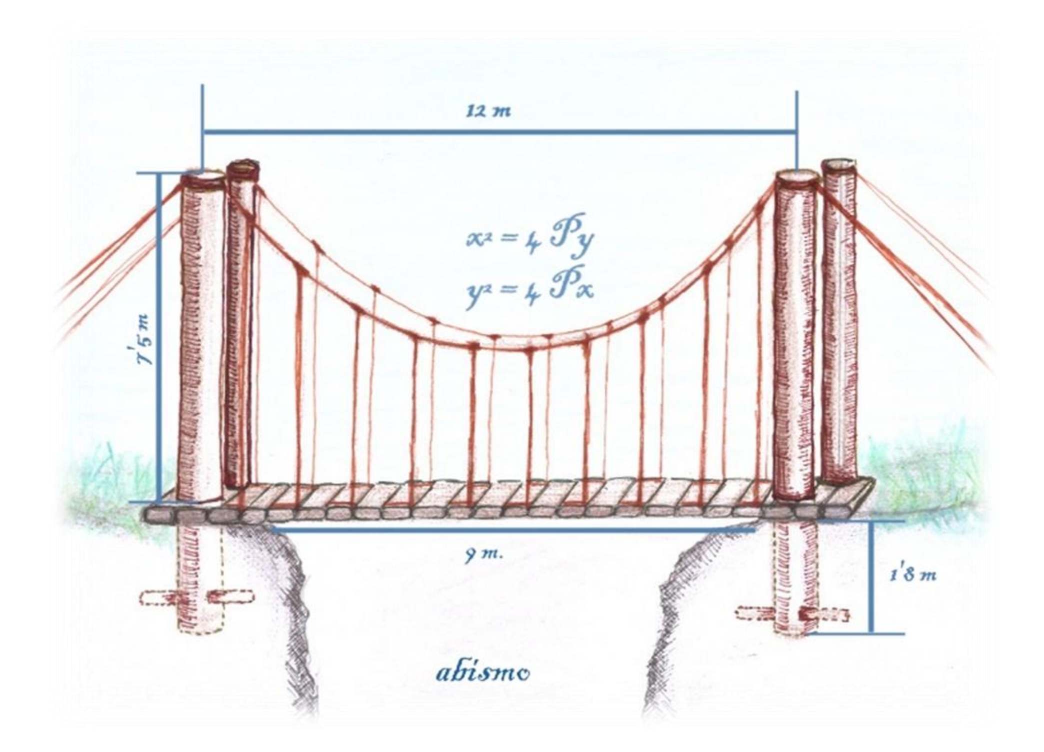
Consciente de lo que supondría para los nativos poder acceder al resto de la isla y aprovechar todos sus recursos naturales como hacían sus antepasados, analizó el cañón y propuso recorrerlo en toda su longitud para encontrar el punto más cercano entre los dos márgenes. Y así lo hicieron. A veces, Malambú se detenía y lanzaba un fino sedal de pesca atado a una piedra, mediante el cual medía la distancia entre los márgenes del cañón. Así anduvieron hasta el anochecer mientras él iba tomando notas en su cuaderno de exploraciones. Y tuvieron suerte pues en un punto no muy lejano del campamento la distancia entre ambos márgenes del desfiladero era de tan sólo 9 metros. Malambú lo tenía claro, construirían un puente colgante.

Poco antes de caer la noche se dispusieron a acampar. Mientras compartían algo de cenar Malambú explicó su idea al jefe uantaca a la luz de una generosa lumbre, desvelándole sus claves para conseguir conectar las dos zonas de la isla. Los bocetos que Malambú dibujaba con destreza sobre el propio cuaderno de exploraciones permitieron al jefe uantaca visualizar una idea con la que antes sólo había soñado. El jefe uantaca quedó sorprendido. Él también contó a Malambú que habían intentado construir un puente sencillo pero no lo habían logrado.

Cuando todos se hubieron dormido, Malambú, que gustaba de disfrutar del profundo silencio y la tranquilidad de la noche para desarrollar sus proyectos, estuvo algunas horas trabajando a la luz de la hoguera que aún prendía con fuerza y, a la mañana siguiente, cuando el sol rompió sobre las

copas de los árboles que les cobijaba, ya disponía de un plano preciso del puente colgante y un detallado inventario de los materiales y herramientas que necesitarían para su construcción.

Al despertarse todos, Malambú mostró al jefe uantaca su boceto final explicándole todos y cada uno de los pasos necesarios para construir el puente y también los materiales que iban a necesitar para llevar a cabo este ambicioso proyecto que cambiaría para siempre el futuro de su pueblo. Ordenando a 5 de sus hombres que se desplazaran hasta el barco para traer toda la cuerda necesaria, así como puntales de hierro y otros útiles para la construcción del puente. Además también pidió al jefe de la tribu la colaboración de sus hombres para esta tarea sumando un conjunto total de 10 hombres. El resto de hombres quedaron en la zona del desfiladero a las órdenes de Malambú y del jefe para iniciar las labores de construcción.



Lo primero y más importante era conseguir un árbol cuyo tronco superara los 15 metros de altura y fuera lo más recto y fuerte posible para comunicar ambas partes y poder acceder, uno a uno, al margen opuesto del cañón pues solo así podrían iniciar la construcción del puente colgante. Aunque este árbol en principio solo debía soportar la carga de un hombre, Malambú prefirió que fuese lo más sólido y estable posible pasa facilitar el paso de los hombres al otro lado del cañón.

Una vez localizado y talado el ejemplar adecuado lo elevaron junto al margen del cañón en posición vertical con la fuerza de 10 hombres, dejándolo

caer después sobre el margen opuesto y sujetando ambos extremos con cuerdas para impedir que el tronco se precipitara al vacío tornando en vano el gran esfuerzo realizado. Una vez asegurado el tronco que ya enlazaba ambos márgenes a cada extremo, algunos hombres fueron pasando al otro lado del desfiladero atando sus cuerpos con cuerdas para evitar una desgracia y así pudieron comenzar las labores necesarias para construir el puente colgante siguiendo las precisas instrucciones de Malambú.

Tres días después, el puente estaba listo. Anclados a ambos márgenes del gran cañón, los 4 mástiles se elevaban sobre el terreno hasta los 7'5 metros de altura. El puente era majestuoso y bello y además contaba con todas las garantías para soportar el peso de hasta diez hombres. A pesar de su robustez, Malambú que era un hombre de cálculo indicó a todos los nativos que nunca debían de atravesar el puente más de 7 hombres a la vez, 3 si portaban alguna bestia de carga, pues así no correrían riesgos innecesarios ni forzarían la estructura del puente.

También dio Malambú instrucciones muy detalladas y por escrito al jefe tribal de cómo comprobar todos los anclajes del puente, al menos una vez al año, y cómo reforzar los puntos que muestren algún deterioro. De cómo proteger con grasa los clavos de hierro para evitar su óxido y como sustituir cualquier parte del puente que lo necesitara.

Los uantacas no podían creerlo. En solo unos días sus vidas y la de sus familias habían cambiado para siempre y ante sus ojos se abría un nuevo horizonte de esperanza para los inviernos más duros en los que la pobre tierra apenas daba frutos y el embravecido mar no dejaba faenar a los pescadores.

El agradecimiento del jefe uantaca no tardaría en llegar y justo al regreso de la expedición, el jefe tribal ofrecía a su propia hija en matrimonio a Malambú, sin embargo, éste hizo saber al jefe que no podía aceptar como premio a su trabajo a una persona, pues las personas debían ser libres de poder decidir con quien compartir sus vidas. El jefe uantaca comprendió las palabras de su sabio amigo y aceptó su postura aplicando este criterio en su propio pueblo, de modo que nunca más, un matrimonio entre dos personas, pudiera ser impuesto por nadie.

Y así, transcurridos unos días, Malambú y sus hombres volvieron a hacerse a la mar abandonando la bella isla de los uantaca, despidiéndose de sus nuevos hermanos nativos tras recibir de ellos multitud de alimentos y víveres y sobre todo, el valioso tesoro de la gratitud eterna de un pueblo ilustrado, ilustrado por nuestro carismático y sabio pirata.

Obra registrada en

https://www.safecreative.org/

Código de registro **2010315767329**

Código de verificación: 2010315767329-9VJFRL
https://www.safecreative.org/certificate/2010315767329-9VJFRL